





DOS HIJOS ILUSTRES
DE HARÍA
FRANCISCO JORDÁN Y JUAN FRANCHY

Carlos Gaviño de Franchy *et al*



ROBERTO MIRANDA: *Francisco Jordán Franchy*. 2019

FRANCISCO JORDÁN

I

La obra poética del escritor lanzaroteño Francisco Jordán Franchy —como la de otros muchos autores isleños— ha sido sepultada en las librerías del olvido. Tan solo algunos bibliognostas tienen la fortuna de poseer sus libros, la mayor parte de los cuales pudiera clasificarse de raros por diversos motivos, entre los que serían determinantes el llevar pie de imprenta habanero dos de ellos, y el hecho de constituir los seis títulos que componen su bibliografía, un conjunto de ediciones restringidas.

Comparte también la poesía de Jordán el injusto destino del legado literario de otros autores agrupados bajo el sonoro epígrafe de Escuela Regionalista: Antonio Zero, Diego Crosa o Manuel Verdugo, nombres y obras que, a pesar de haber alcanzado en su época una popularidad extraordinaria, hoy apenas son conocidos⁶⁸.

Jordán ha sido identificado como poeta del mar por Sebastián Padrón Acosta⁶⁹, quien hizo hincapié en su condición de intrépido capitán de marina, opinión que ha sido revisada por Ángel Fernández Benítez, en un denso y, hasta ahora, definitivo «Acercamiento al poeta Francisco Jordán». La figura del poeta ha sido estudiada recientemente por Dan Munteanu Colán. Esta nueva aportación al conocimiento de su obra, contribuirá al rescate efectivo de una labor literaria que vuelve, de nuevo, a ser apreciada en el valor justo del contexto en que fue escrita⁷⁰.



FRANCISCO JORDÁN FRANCHY

⁶⁸ GAVIÑO DE FRANCHY, Carlos: «Introducción» a la edición facsimilar de *Tinife* de Francisco Jordán Franchy. Nueva Gráfica S. A. L. La Laguna de Tenerife. 2004. Este estudio y los citados en las dos notas siguientes, han sido transcritos literalmente desde la página 339 hasta la 359 de este libro.

⁶⁹ PADRÓN ACOSTA, Sebastián: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*. Edición, prólogo y notas de Sebastián de la Nuez. Aula de Cultura de Tenerife. Con el concurso del Instituto de Estudios Canarios. Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife. 1978.

⁷⁰ FERNÁNDEZ BENÍTEZ, Ángel: «Acercamiento al poeta Francisco Jordán». *VI Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*. Servicio de Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote. Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura. Arrecife. 1995.

MUNTEANU COLÁN, Dan: «Un poeta olvidado». *La Provincia*. Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo de 2004.



JOSÉ JORDÁN CABRERA Y AMIGOS EN HARÍA. FOTO: ARCHIVO GDEF

II

Francisco Ignacio Jordán y Franchy nació en la casa solariega de su abuelo materno don Francisco Franchy y Lasso de la Vega, en Haría de Lanzarote, a las ocho de la mañana del día treinta y uno de julio de 1886⁷¹. Fue el tercero de cuatro hermanos: Manuel José y José Francisco, mayores que él, nacidos en 1882 y 1884 respectivamente y, por último, el menor, Andrés, que vino al mundo en la misma casa el 28 de octubre de 1890 y falleció en la infancia.

Su padre, don José Jordán Cabrera, ejercía una carrera administrativa, dependiente del Ministerio de Obras Públicas, en la que había ingresado como miembro del Cuerpo de Torreros de Faros⁷². Su madre, doña Ana Luisa de Franchy y Socas, pasaba temporadas en el pueblo de Haría, que era el de residencia de ambas familias, los Jordán y los Franchy, cuando no acompañaba a su marido en los distintos faros que estuvieron a su cargo. En 1898, don José Jordán fue

⁷¹ En el texto citado, del profesor Fernández Benítez, sin duda por una errata debida a un baile de números, se dice que Jordán nació el día 13, siendo así que lo hizo el 31. También se produce una confusión con el nombre del padre del poeta que no fue Andrés, sino José. Una copia de la partida de nacimiento de Francisco Jordán Franchy, nos fue remitida amablemente por nuestro amigo Gregorio Barreto Viñoly, secretario del Juzgado de Haría, cronista e incansable investigador del pasado lanzaroteño.

⁷² Datos sobre la infancia de Francisco Jordán nos han sido proporcionados verbalmente por su sobrina Emilia Jordán Martínón, celosa conservadora de la memoria de su ilustre tío.



JOSÉ JORDÁN CABRERA. FOTO: ARCHIVO GDEF

destinado al situado en la pequeña isla de Alegranza. El poeta vivió tres años, entre los doce y los quince, en él:

*Tosco peñón secular,
que se yergue en el Atlántico,
con el aspecto romántico
de los colosos del mar...*

No pudo Francisco Jordán tener una infancia y adolescencia más cercanas al mar. Días de estudio y lecturas, alentado con ternura por sus padres, que guiaron su primera formación. En la soledad de Alegranza, se cuantificaba la entrega nocturna a los libros, por el número de velas consumidas.

Tanto Francisco como sus hermanos prepararon el bachillerato y aprendieron idiomas hasta que, en 1902, la familia se estableció en

el Puerto del Arrecife. Francisco Jordán permaneció en Lanzarote cinco años más, para luego ingresar como alumno en la Escuela Superior de Náutica de Santa Cruz de Tenerife, el 2 de octubre de 1908. A lo largo de su vida de viajero infatigable, al navegar cerca del islote, rememoraría aquellos años:

*¡Cuantas veces, al pasar,
sobre tus aguas bravías,
soñé con tus alquerías
y tus playas desoladas
que interrumpen escarpadas
roqueñas costas sombrías!*

*Como un jayán esforzado
tu faro rasga la bruma
y el ave de extraña pluma
que llega a ti, deslumbrado,
inocente y confiado,
a todo peligro ajeno,
perdiendo el volar sereno
que le intercepta la torre,
choca en la linterna..., y corre
la resonancia del trueno.*

*La procelaria, en tus grutas,
fabrica sus toscos nidos;
los chicuelos atrevidos,
en la costa abren sus rutas
y con alegres disputas
llegan hasta donde anidan...
mientras la lona raída
despliegan, allá, a lo lejos,
las barcas donde los viejos
van a buscarse la vida.*

*La ballena confiada,
recorre el confín azul
y rasgando el regio tul
del mar, se aleja, pausada,
poniendo su columnata
de cristal en el remoto
confín, en donde el Piloto
ballenero ha de clavar
su arpón, que la hace expirar
en algún rincón ignoto...*

*O por la tostada arena
cubierta de caracoles,
entre vivos tornasoles
y entre cantos de sirena,*

cuando la zizigia llena
de encanto los farayales,
ver turbando los cristales
que denuncian las marismas,
orgullosas de sí mismas,
las bellas garzas reales...

O bien por la crestería
de las vaguadas oír
el plañidero gemir
de alguna silvestre cría
de chivos, bajo la impía
garra de un buitre feroz
mientras defiende al precoz
vástago la madre airada,
que al fin, maltrecha y burlada,
emprende la fuga veloz...

En este ambiente sereno
se deslizaba mi infancia,
cuando el Hado, en su inconstancia,
me dijo con voz de hielo:

«Un mundo de glorias lleno
encierra el mar para tí...
y después... tan lejos fui
que, hoy, a conciencia, no sé
si es que, al perderte, gané...
o si ganando... perdí.

Los primeros años de la existencia de Jordán estuvieron pues vinculados estrechamente al mar, a pesar de que como indica Fernández Benítez, su vocación marina poco tiene que ver con la tradición de la familia, pues tanto por vía paterna como materna, sus ascendientes habían sido y eran terratenientes. Como dato que avala esta aseveración diremos que la isla de Alegranza pasó a ser propiedad de su hermano Manuel en 1930.

Sin embargo, sí que había una cierta preocupación por la literatura en el ámbito familiar. El ejemplo de su abuelo, el ya citado don Francisco Franchy, político y poeta de circunstancias, caló muy hondo en otro de sus nietos, Juan Franchy Melgarejo. Abogado, director de *El Regionalista*, políglota, autor de cuentos y fino articulista, fue uno de los intelectuales de más sólida preparación de cuantos dieron las islas en las primeras décadas del siglo veinte. La muerte truncó su esperanzador porvenir, cuando, establecido en Madrid, comenzaba a recoger el fruto de su trabajo⁷³.

⁷³ «Hojas secas»

Sobre la tumba de mi querida esposa, Josefa Socas de Franchy:

Madre y esposa modelo,
en tu loza funeraria,
rezando está una plegaria
tu familia sin consuelo...

Dejaste el oscuro suelo,
buscando paz y reposo,
y hoy contrito, doloroso,
sin aliento, de rodillas,
siento quemar mis mejilla
el llanto más angustioso...

En todas partes presiento
tu venerable figura...
¡Tu muerte es una tortura
que embarga mi pensamiento!

¡Ya no se escucha tu acento
disponiendo en el hogar
y la brisa al susurrar
miedosa, triste y pausada,
parece un alma enlutada
que me viene a acompañar!

¡Oh, muerte, oh fúnebre ausencia
a cuyo umbral inefable
nunca llegó el incansable
rayo de luz de la ciencia!

Sólo, en mis triste existencia
las horas siento pasar
y vacío está el hogar
que dejaste abandonado,
cuando en cortejo enlutado
te llevaron a enterrar...

.....
Nunca acabará el dolor
que dejaste en pos de ti,
que aún siento, dentro de mí,
el eco de tu estertor.

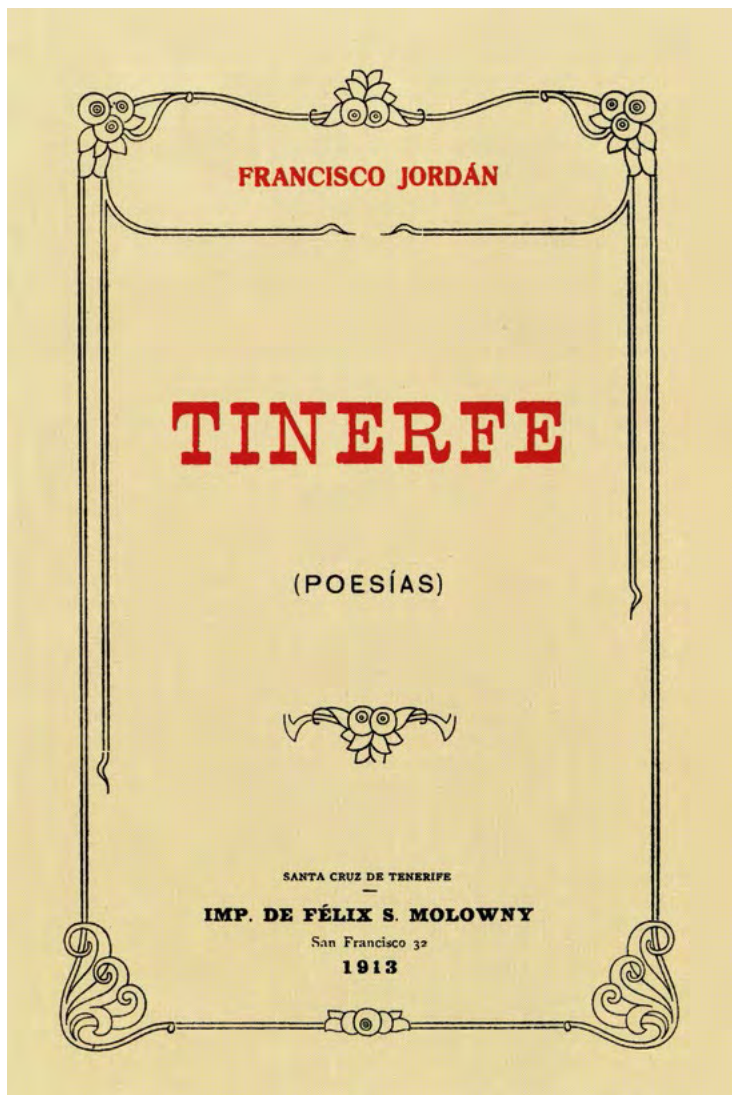
Más ya que por desconsuelo
así el Señor lo dispuso,
detente un punto en el cielo
y oye mi llanto de duelo
triste, lúgubre y confuso.

Francisco Franchy Lasso de la Vega.

III

En 1991, la imprenta Nueva Gráfica, fundada por Julio Castro Castellano, comenzaba su andadura editorial con la reedición facsimilar del poema *Tenerife* de José Tabares Bartlett. En el transcurso de los años posteriores, proporcionó tinta y papel nuevos a un amplio número de obras de escritores isleños y así la posibilidad de revivir en el corto panorama cultural del archipiélago. En recuerdo del citado impresor, fallecido en trágico accidente, se creó la Biblioteca Julio Castro de Autores Canarios, con la edición en 2004, también en facsímil, del primer libro publicado por Francisco Jordán Franchy: *Tenerife*. Se cierra así un ciclo con dos libros que llevan por título el nombre de la isla a la que Julio Castro amaba intensamente.

Este tomito fue impreso en 1913 en los talleres de Félix S. Molowny, establecidos en la calle de San Francisco núm. 32. El citado año y en la misma imprenta, publicó nuestro autor *Espigas y Amapolas*, y al siguiente, *Adelfas y Cardos*. Tres bellas y cuidadas ediciones que, con otras salidas de las prensas de Molowny, dan fe de la maestría artesanal alcanzada por este obrador capitalino, en el que ya había sido editado en 1897, uno de los libros formalmente más perfectos, de cuantos hallamos visto entre los publicados en el periodo de tiempo que abarca las décadas finales del siglo diecinueve y las primeras del veinte: *Sor Milagros o Secretos de Cuba*, de Aurelio Pérez Zamora.



Tinerfe. SANTA CRUZ DE TENERIFE. 1913

Tinerfe consta de diez poemas, incluyendo una dedicatoria en verso. Algunos de ellos ya habían sido publicados en el diario *El Tiempo*, de la capital tinerfeña: «Santa Cruz», el 3 de abril de 1908; «Trofeo», el 22 de junio y «La Laguna», el 3 de septiembre del mismo año y «Baile de candil», el 12 de julio de 1910. Si consideramos que la admisión del poeta en la Escuela de Náutica se produjo en 1908 y que obtuvo los títulos de piloto el primero de mayo de 1912 y de capitán de la Marina Mercante el 30 de noviembre de 1918, los poemas que ahora reeditamos, debieron haber sido escritos a su llegada a la isla



Espigas y amapolas. SANTA CRUZ DE TENERIFE. 1913

de Tenerife, en los comienzos de su carrera, y publicados, quizás como premio familiar a su aplicación, al finalizar el primer ciclo de sus estudios náuticos⁷⁴.

Sería deseable que esta reedición contribuyera a despertar el interés de las nuevas generaciones por la labor olvidada de algunos escritores insulares, más allá de modas y posicionamientos carentes de nobleza —no otra cosa quiere decir el anglicismo *snob*—, que se recuperara la voz diversa de nuestro pasado insular y nuevamente poder escuchar la de Francisco Jordán cuando canta:

⁷⁴ Hoja de servicios del capitán de la Marina Mercante don Francisco Jordán Franchy, Archivo Jordán González de Chaves. La Orotava.



CRUZ DEL MÉRITO NAVAL DE PRIMERA CLASE

Tiene mi santacrucera
nieve y rosas en la cara:
¡La nieve se la dio el Teide
y las rosas La Orotava!

IV

Como adenda a estas notas que fueron insertas en la reedición facsimilar de *Tinerfe*, de Francisco Jordán Franchy, de 2004, publicamos ahora el certero estudio dedicado al poeta por el investigador Sebastián Padrón Acosta, que forma parte de su libro *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*, editado por el Aula de Cultura de Tenerife en 1966, edición que estuvo al cuidado de Sebastián de la Nuez, autor también del prólogo y de las notas; así como los artículos que sobre su trayectoria vital y literaria firmaron en 1995 y 2004, los profesores Ángel Fernández Benéitez y Dan Munteanu Colán. Este último prepara, desde hace años, la edición de las obras selectas del poeta de Haría.

V

FRANCISCO JORDÁN FRANCHY

por Sebastián Padrón Acosta

Nació en Haría de Lanzarote, el 31 de julio de 1888. Desde niño le atraía el misterio del mar, que decora con festones de espuma los roquedales de su isla. Aquella visión despertó en él la vocación de marino. Comenzó a ejercer su profesión de marino en los bergantines de Bosch y en los correos interinsulares canarios. El pailebot «Bella Lucía» fue el primer buque que capitaneó, buque de indelebles recuerdos para él. Enamorado de su profesión, es esclavo de sus deberes, siendo siempre espejo de caballeros. De las tormentas acaecidas durante su mando recuerda para siempre el ciclón del 25 al 26 de septiembre de 1929, ciclón que se formó en las islas Lucayas. Jordán estudió el ciclón y logró burlarlo, llegando a La Habana doce horas antes que éste. Su arribo a La Habana fue objeto de felicitaciones y homenajes⁷⁵.

Son dignas de mención sus *Tablas para corregir elementos de los almanaques náuticos, simplificando su uso*, tablas que han sido impresas y sirven de pauta en las rutas de nuestros mares. Por sus brillantes actuaciones profesionales ha sido laureado con la Cruz del Mérito Naval de primera clase.

Hombre de excesiva modestia, en una ocasión dijo a un escritor:

No he hecho nada definitivo en mi inclinación literaria. Mis libros son montones de versos escritos al azar, producidos con la profusión de las naturalezas salvajes que producen por la necesidad de producir. Momentos vividos que quedaron presos en las páginas de algún álbum o en las varillas de un abanico y luego recopilados a instancias de quienes nunca deben ser oídos: los amigos.

Francisco Jordán ha publicado los siguientes libros: *Espigas y amapolas* (1913)⁷⁶, *Tinerfe* (1913)⁷⁷, *Adelfas y cardos* (1914), *Olas que pasan* (1929), *Campana de a bordo* (1934)⁷⁸ y *Versos de retaguardia* (1938). Tiene, además, inéditos, *La isla azul* y *Playa sonora*.

Jordán continúa la tradición de los poetas canarios marinos: Ignacio Negrín (1830-1885), Diego Estévez (1842-1866), Tomás Morales (1884-1921) y Saulo Torón (1885). Es Jordán marino de profesión y de numen, como Negrín y Estévez. Jordán es un poeta atlántico con colores mediterráneos. Mitos marinos, paisajes de mar, mujeres transformadas por él en sirenas, crepúsculos vistos desde alta mar, el afán de la vida marinera han quedado cautivos en la red de sus

⁷⁵ Esta es la única semblanza que conozco sobre este poeta, tan fecundo y desigual. Falleció en 1963.

⁷⁶ Lleva por subtítulo: *Brisas de la Tierra. Brisas de la mar*, Ed.

⁷⁷ *Poetas*, Santa Cruz de Tenerife. Imp. Félix S. Molowny, 1913.

⁷⁸ Ed. Imp. Sucre. Luz, 45. La Habana, 1934.

versos. La inspiración es la aguja de marear de su lírica bitácora. En el azul piróscifo de su poesía ha hecho su viaje este ideal argonauta. Cascadas de líricas espumas bordan acantilados de sus versos, y entre los roquedales de sus estrofas surgen rosadas sirenas que iluminan de mitos el mar de su poesía. Y entre auroras de corales y madreporas, hunden en el océano sus siluetas los genios del mar. Y los crepúsculos, como sedosos abanicos de colores, ponen su tornasol en la música marina de sus versos. Y él, sereno en el puente de oro de su esquife, manda a la *cuadriga tonante*. Estudiando la obra poética de Jordán se advierte que su formación no ha sido libresca, sino que ha bebido la poesía de la naturaleza y de la vida, que su musa ha vivido al aire libre sobre mares y tempestades. Su musa le debe poco a las Preceptivas. Nació poeta y tiene la fluidez de los poetas de nacimiento. Su coincidencia, en algunos temas líricos, con Campoamor, Bécquer y Rubén es coincidencia temperamental. Su poesía es personalísima. Es su propia vida, la vibración de su espíritu modelada en la plástica de sus estrofas. Es interesante ver cómo el mar influye en los poetas que son marinos de profesión, cómo se forja esta poesía, cómo el tesoro de las imágenes, metáforas, sugerencias, en el mar están aprendidas, cómo el océano va templando las lirras bravías y heroicas de estos poetas al par que van templando sus almas procelosas. ¡Vidas audaces y líricas las de estos poetas —pilotos, poetas— capitanes! Sobre la planicie azul de los versos de Jordán dibújense aves marinas y bergantines, crepúsculos y dársenas, yates y puertos, arrecifes e islas, faros y rocas, piróscafos y turbonadas, naufragios y nereidas, tritones y sirenas, olas y vientos, campanas y playas, auroras y espumas. Jordán sabe asimilar los elementos de su profesión y asociarlos a su obra lírica y fundirlos en su creación artística, como Ignacio Negrín. En «Brisas de la mar»⁷⁹ —parte de su libro *Espigas y amapolas*— hay descripciones de navíos. Este primer libro acusa ya temas de su predilección. Junto a iniciaciones del primer momento, obras logradas. Aquí hay verdadera, auténtica poesía. El soneto «Bergantín Sensab»⁸⁰ acusa los rasgos de su numen:

*Proa rampante que al misterio reta,
de elegante arbolaz, casco bruñido;
bates las aguas con tu firme aleta
y alzas la estela cual dogal temido.*

*Bajo tu quilla quedó el mar vencido;
burlaste, ufano, del ciclón la treta
y fuiste a un tiempo trovador y atleta
que yende y canta a su epopeya uncido.*

⁷⁹ Véase *Espigas y amapolas*, pp. 91 a 113.

⁸⁰ Véase, ídem, pp. 101.

⁸¹ ídem, pp. 103, 105 y 99, respectivamente.

⁸² ídem, p. 97.



Adelfas y cardos. SANTA CRUZ DE TENERIFE. 1914

*El blancor de tu vela me saluda
recitando en tus mástiles altivos
el himno espiritual de una quimera...*

*y orgulloso pienso en la existencia ruda
que tus lobos de mar llevan,
cautivos en tus frías entrañas de madera.*

Así con sus poesías «Arriba y clara», «Navío de guerra» y «Océánida»⁸¹. El soneto de versos alejandrinos «El faro»⁸² es una estampa sugeridora, de sensación de imágenes en la que se compara el faro con una mano inmensa de luminosos dedos.

*Se yergue entre las brumas y en la dilatación
de todos los inmensos confines azulados
y en los promontorios que graves y elevados
inician la presencia de una nueva región.*

*En los desiertos bancos donde ruge el ciclón
en los fiordos, donde caen, ya de volar cansados,
los pájaros que emigran y perecen ahogados
y los buques se hunden, bajo el fiero malstrón.*

*Se yergue en todas partes su protectora huella
como el sagrado emblema de tutelar estrella
que alumbra los parajes de lúgubres enredos.,*

*y cuando el navegante dudó en la recalada
destacó sus antenas y brilló bifurcada
como una mano inmensa de luminosos dedos.*

Junto a esta pintura de naves y faros, hay paisajes grises y ásperos y desolados. Su soneto «Cenicenta»⁸³ es panorama desgarrado, con un fondo de poesía marina.

*Poblada la ribera de mástiles caídos,
el puerto sin pataches de lona relingada,
y en el recodo estrecho de la desierta rada
ya el tardo molinete no lanza sus gemidos.*

*En tus gigantes rocas préndense los nidos
de tus gaviotas grises, que huyen en bandadas,
y algún que otro cetáceo en la tarde callada
te saluda a lo lejos con hórridos bufidos...*

*Teatro abandonado de escenas medievales,
tus castillos desiertos de almenas ojivales
se pierden misteriosos, tras el grisáceo tul.*

*Y en la tostada arena de playa agreste,
sola, revuelta con el iris de la espumosa ola
revolotea la pluma de alguna garza azul.*

En *Espigas y amapolas* el poeta asocia al mar sus temas femeninos, que ponen en su poesía rasgos característicos. Esta unión de elementos de mar a sus temas amorosos adquiere plenitud en libros posteriores. En el soneto «Oceánida», de *Espigas y amapolas* se inicia este consorcio de elementos. Los cuartetos de «Oceánida», dicen:

*Cruzas la playa y en su blanca zona
grabando vas tu nombre por la arena...
y al contemplar tu aspecto de sirena
una ola a tus plantas se abandona.*

*Tu pelo, simulando una corona,
lo ensortijan tus dedos de azucena
y se hunden tus pies en la melena
del mar, que un himno de alabanza entona.*

Su poesía «En la dársena»⁸⁴ es el canto a la nave, ayer ufana y sonora, y hoy triste y muda. Hay tono de elegía, de nostalgia.

«Yate de mar», «Ras de mar», «Marina», «Mar y cielo», «Sobre el gran haz del mar» son temas marinos de su libro *Adelfas y cardos* (1914). «Yate de mar» es un motivo descriptivo, como los de *Espigas y amapolas*, acaso mejor logrado. «Ras de mar», es un paralelo entre fenómenos marinos y fenómenos psicológicos. La conjunción, como dije antes, del mar y el alma del poeta. El mar que borda su lírica, adentrándose cada vez más en el corazón del poeta marino. Las penas de éste son ondas, «Mares muertas», «Ras de mar»:

*Como esas grandes olas que, furtivas,
discurren por el mar...
que no se sabe nunca donde empiezan,
ni donde acabarán...*

*Como esas grandes olas, que de pronto,
nos hacen naufragar...
que en la altura se llaman mares muertas,
y en la playa se llaman ras de mar...*

*Como esas grandes olas son mis penas...
¡Cuántas veces mirándolas pasar,
no he podido saber de dónde vienen,
ni he podido saber a dónde van!*

En «Marina» el poeta evoca noches tristes, desea las espumas sobre su tumba. El mar va cada vez más introduciéndose en su poesía, haciéndose sustancia de sus versos, como lo es de su vivir. Después de Saulo Torón, es Jordán el poeta en cuyos versos más íntimo es el océano. Jordán gime así en «Marinas»:

*¡Ola que brama y retumba
sobre el peñón secular,
cuando en la tierra sucumba
ven y derrama en mi tumba
la blanca espuma del mar!*

⁸³ Véase ídem, p. 93.

⁸⁴ ídem, p. III.

Además de esta quintilla, es también poesía de sentido íntimo «Mar y cielo», cuyos últimos versos dicen:

*No me dejes en la ruda convulsión de la contienda
sin tener entre mis dudas una voz que me defienda
y una imagen que me aliente bajo el hórrido fragor...
Ven y pon sobre mis hombros tu dorada manecita,
pon en mi alma la confianza de la bóveda infinita
y en el cráter de mis sienes pon el soplo de tu amor.*

*La sátira asoma en «Sobre el gran haz del mar»:
La nave en el puerto entró...
Nuestro viaje vi acabar...
El ancla el cristal rompió,
y un sarcasmo dibujó
como una sonrisa, el mar.*

Donde abundan más los motivos marinos es en su libro *Olas que pasan* (1929). Francisco Jordán, bajo las apariencias de gigante, esconde un corazón de niño. Y llora cuando el mar de sus penas se desborda en su espíritu. En el introito de *Olas que pasan* se lee:

*Mi vida de torbellino
como poeta y marino
es romántica y extraña
¡A veces me echo a llorar
cuando veo sobre el mar
reflejarse una montaña!*

Unas diez y siete composiciones de temas marinos contiene este libro de 1929. «El faro», que dedica a su padre, es el mismo que aparece en *Espigas y amapolas*, pero corregido. Lo mismo ocurre con «Ras de mar» y «En la dársena». En «Ojos verdes» surge un presentimiento del poeta, el presentimiento de su muerte en el mar. El paralelo a esta poesía es bellissimo por las sugerencias líricas que contiene y que se sintetizan en los últimos versos:

*Anfitrite: tu reino se fragua
en los verdes dominios del agua
donde espero tu abrazo mortal.*

.....

*Hay un hondo misterio marino
en tus ojos que son mi destino
y en tus labios que son de coral.*

«Viento en popa» ostenta este broche final:

*Cuando se pierde la orilla,
qué pequeña es la barquilla
y qué infinito es el mar.*

La poesía «Piróscabo» es «Arriba y clara» de *Espigas y amapolas* corregida. «El mar y tú» es acaso la más fina poesía de este libro, entre las poesías en que Jordán asocia al mar sus concepciones líricas de tipo amoroso.

El océano repercutiendo en la vida sentimental del poeta:

*Toda vestida de azul
entre quiméricas blondas...
¡Tu cuerpo tiene las ondas
donde temo naufragar!*

*Tus manos son como lirios
o como copos de espuma...
¡Tu velo suelto es la bruma,
que se extiende sobre el mar!*

*Tus labios son dos corales
que guarda el mar en su fondo
y tu mirar dulce y hondo,*

*es un piélago de amor...
Tiene tu voz el encanto
con que llaman las sirenas...*

.....

*Al borde, conchas, arenas,
¡El abismo, en su interior!*

En *Campanas de a bordo* (1934), título que obedece seguramente a la poesía que con el mismo título le dedicó en La Habana Arturo Doreste, continúan sugerencias marinas. «María», «A bordo», «A la borda», «Apoteosis pirata», «Turbonada», «Mar», «En el puerto», «Anfitrite y Poseidón», «Fuego a bordo», «Sirena» y «Desde el puente». El sentido del mar sigue siendo aquí el mismo de *Olas que pasan* (1929). La forma adquiere más perfección. El poeta domina mejor los elementos formales. Desaparecieron, en gran parte, aquellas indecisiones iniciales de *Espigas y amapolas*. Y la mitología marina pone aquí sus decorados y sus fondos. La poesía «A la borda» ostenta belleza de alegoría:



Olas que pasan... 1929

*A la borda
en la noche,
viendo caer las estrellas
cual semillas de luz...
Un arado gigante era el buque.*

El mar de Jordán es, en gran parte, mar de sugerencias femeninas. Mar de puerto y mar lírico. La mujer es tema frecuente en sus poesías. Es el diario sentimental del poeta hecho poesía. A través de esta poesía se revela un alma enamorada. La fidelidad, la decepción, toda la gama de temas que caben en la poesía de este género, es

cultivada por Jordán. Muchas de estas poesías cantan el amor de su esposa, la distinguida dama herreña, doña María Padrón y Padrón, con quien el poeta contrajo nupcias en 1914, en la parroquia de San Francisco de esta ciudad. En *Campana de a bordo*, el poeta, traspasado con el puñal áureo del recuerdo, evoca en medio del mar la imagen adorada de la esposa y canta así en María:

*Cuando te evoco ufano, el alma se estremece
y la lira de los genios del mar es mi bajel...
y cantan las sirenas al son de sus cordajes,
y surgen desde el fondo fantásticos mirajes
de lirás y de alas y de anclas, en tropel.*

Sus versos transparentan un temperamento pasional. Su estrofa es traslúcida como una escafandra. Su poesía ríe a veces con intención de dolora y otras acaricia con suavidades de madrigal. El tema de sus versos galantes es ya una querella, ya una remembranza, ora un elogio, ora una ironía.

Motivos finos y con plenitud de gracia y de color. Su poesía «Afán eterno» es una bella rima, que se distingue por la fluidez y la espontaneidad y que está perfectamente lograda:

*Cada vez que te escribo, aunque me afane,
no sé cómo empezar.
Después de la palabra de tu nombre,
¿Qué puede continuar?
Guardó silencio... y luego, dulcemente
me dijo, sin dejarme de mirar:
¿Después de la palabra de mi hombre?
¡El tuyo nada más!*

El sonetillo «Quimeras» es galante y fino:

*Tu rostro fresco y oval
tiene la dulce expresión
de un florido madrigal.
En tu frente de ilusión
hay un albor matinal
y tu acento tiene el son
armonioso del metal.
Tus ojeras prolongadas
e intensamente azuladas
hablan de extrañas quimeras
y tus pestañas brillantes
son grandes, rectas, triunfantes
como picas altaneras.*

«Orgullo» es un poemita madrigalesco:

*Soy más libre que el aire —dije ufano—
Cuanto he querido lo he logrado siempre.
Y el aire altivo, sonrió en tus labios,
abrió tus rizos... ¡y besó tu frente!*

Francisco Jordán ha cultivado también la copla. Existen muchas en sus libros. Recientemente, en un concurso literario, celebrado en la ciudad de Las Palmas, fue premiada una serie de coplas de fino sabor regional. Muchas de ellas son verdaderas obras maestras.

Nuestro biografiado obtuvo la «Flor natural» en unos Juegos Florales que se celebraron en Arrecife, y en los que actuó de mantenedor el escritor de Gran Canaria Francisco González Díaz.

Jordán se deleita en pintar los crepúsculos vesperales. El atardecer es tema de su predilección. En *Espigas y amapolas* se inician estos motivos: «Crepúsculo», «Fruta en sazón», «Bruma de la tarde». En «Fruta en sazón», la pintura del crepúsculo sirve de marco a un tema amoroso:

*Como una herida muy roja,
que se abriera en el Poniente,
el crepúsculo doliente
va iniciando su congoja.*

En «Crepúsculo» el poeta canta:

*Del sol la roja pupila
va las sombras empañando,
y con la sombra luchando
la lumbre del sol vacila.
Y en su lánguido brillar
parece a cada momento
un ojo somnoliento
que empieza a parpadear.
Sigue la lucha a porfía,
nada en el aire se escucha,
y al final de aquella lucha
vence la noche sombría.
Cae el sol languidecido
detrás del Teide empinado
y queda el cielo manchado
con la sangre del vencido.*

«Brumas de la tarde» es la composición de tema de atardecer mejor del libro *Espigas y amapolas*:

*Se apagaron los rumores
en el confín del Poniente.
Y en el fondo de la fuente
palidecen los colores.*



Campana de abordó. LA HABANA. 1934

*Hálitos desoladores
se esparcen por el ambiente
y en la buhardilla doliente
hay dos búhos soñadores.
Todo es paz, misterio, duda.
La tierra, mísera y ruda
se envuelve en opaco tul.
Y allá, en la abrupta vaguada
huye la bruma alocada
sobre su caballo azul.*



J. GISPERT: *Francisco Jordán Franchy*

Adelfas y cardos (1914) contiene un tema de atardecer: Las quintillas «Crepúsculo». Aquí el tema se hace más poético. El poeta humaniza el crepúsculo. Es acaso su mejor poesía sobre este tema:

*Se estremecen tus cortinas
de violáceos encajes,
y en las tardes opalinas
van oscuras golondrinas
a besar tus cortinajes.
Y es que al emprender su vuelo,*

*se enamoran de tus galas,
vacilan y en loco anhelo
quieren alfombrarte el suelo
con el raso de sus alas.*

En *Olas que pasan*, el poeta reproduce «Crepúsculo», de *Espigas y amapolas* y «Brumas de la tarde». En *Olas que pasan* aparece «Ocasos»⁸⁵, poesía de tipo romántico. El paisaje se hace estado psíquico del poeta:

*Bajo y amorado era el Poniente:
las aguas discurrían rumorosas
batiendo los sillares...
Misteriosas
ideas abrumaron nuestra mente.
En las aguas fugaces, iban rosas,
nenúfares truncados...
La corriente
parecía decirnos vagamente:
—«La vida y el amor son estas cosas».*

El aspecto regional de la obra de Jordán está principalmente en su libro *Tinerfe* (1913): «Nivaria», «Trofeo», «La Orotava», «Echeyde», «La Laguna», «En el puerto» y «Santa Cruz». En *Campana de a bordo* publica una de sus mejores composiciones de tema regional «Islas Canarias»:

*Sobre el añil de atlánticas regiones
igual que mi corazón que el fuego inflama
el Teide señorial alza su llama
donde la nieve ostenta sus pendones...
Le dieron acogida en su oriflama
de Hispania aventurera los leones
y fueron más que rocas los jalones
que buscaba Colón para su fama.
Sobre el añil de un mar limpio de bruma
siete perlas brotaron de la espuma
despertando de Nelson la ambición,
cuando, en lejano día, sus banderas
quedaron para siempre prisioneras
de los siete cachorros de León.*

Versos de retaguardia, precedidos de una carta de José María Pemán, es su contribución de español a la Cruzada Azul. El tema de la patria no aparece solamente en este libro. Ya en su *Adelfas y cardos* está su soneto a España con el título de «Rojo y gualda», soneto que reformado, publica luego en 1929 en *Olas que pasan*, con el título de

⁸⁵ Título completo es *Lancelot*, 28.º 7.º. Ed. Alfa. Madrid, 1929.

«España máxima». Más tarde, nuevamente corregido, aparece en *Versos de retaguardia* con el título de «España». De las tres versiones por que ha pasado el soneto, preferimos la de 1929:

*Noble raza de intrépidos varones
cuya gloria eclipsarse nunca pudo...
¡Pueblo grandioso, en la campaña rudo,
enamorado y loco en sus canciones!
Bien pudiste añadir a tus blasones
el mundo ante tus pies, absorto, mudo...
¡Es mi gloria la gloria de ese escudo
que defienden rampantes dos leones!
Luchaste con valor. ¡Nunca abatida
se dobló tu cerviz, matrona austera,
que tú siempre eres tú, de cualquier modo!
¡Envidiando tu gloria desmedida,
cuando triunfa la aurora, el cielo todo
se envuelve en un jirón de tu bandera!*

«Bodas reales» y «Oh, la patria» están en *Adelfas y cardos*. El terceto último de «Bodas reales», poesía que mereció plácemes de Su Majestad el Rey Alfonso XIII, dice:

*Se oye una bomba que en el aire explota...
y celebra la boda de los Reyes
con un festín de sangre la anarquía.*

En la segunda de estas dos últimas poesías plasma Jordán imágenes acerca de la patria:

*Oigo a todos expresar
la patria de varios modos;
pero según casi todos
es el nativo solar.
Una huerta y un hogar
con una reja florida
una familia querida
que constantemente espera.
Un recuerdo, una bandera,
un amor que no se olvida.*

La prensa canaria, peninsular y americana ha hablado encomiásticamente de sus libros y de sus grandes virtudes de capitán de la marina mercante. Elogios calurosos le tributó la gran revista gráfica española *La Esfera*.

En los versos de Jordán se siente el ramalazo íntimo de la poesía lírica. Francisco Jordán es un magnífico cultivador de los temas marinos, un encendido poeta. Es preciso colocarlo, como poeta del mar, en la serie: Negrín, Estévanez, Morales, Torón, Jordán. Francisco Jordán es de los poetas que hacen poesía, y no de los poetas que hacen versos solamente. Es poeta de fantasía mediterránea. Ha nacido poeta, y por eso canta, como las aves. Como dijimos al principio de este capítulo la formación no ha sido libresca. Ni es su poesía relamida como la de Núñez de Arce. Espontaneidad; naturalidad, es su principal característica. Su inspiración se estremera al aire libre, bajo el sol, sobre el mar, no en el gabinete. Su numen es racha sonora y multicolor que trae yodos, sales, crepúsculos. Lástima grande que este poeta no haya cantado la fisonomía de su tierra lanzaroteña; paisajes, tradiciones, montañas, crepúsculos, aquella tierra de Lanzarote que mereció de Agustín Espinosa el maravilloso libro *Lancelot*⁸⁶. Rasgos de paisajes austeros, de abruptas soledades aparecen en algunas de sus poesías, acaso aprendidos en el paisaje de Lanzarote. La estampa «El dromedario»⁸⁷, de su libro *Adelfas y cardos* es el recuerdo más fuerte que de su tierra acusan sus libros:

*El cuello largo; la cabeza alzada,
su indómita postura, el alma aterra,
y provocar parece, al mundo, guerra
¡Con su lenta y estúpida mirada!...
¡Impertérrita mole! —a su pisada—
parece retemblar toda la tierra...
Y con paso triunfal, cruza la sierra,
sin que en su marcha le detenga nada...
Cuando al lejos, observa algún viandante
tiembla su giba... escánchase arrogante,
e interrumpe el confín del horizonte...
la hirsuta cola agita enfurecido...
se oye de sus colmillos el chirrido...
resopla en su abomaso... y tiembla el monte...*

Acaso en libros futuros surja esta fisonomía lírica de su isla. Así su musa atlántica con colores mediterráneos, se hará doblemente atlántica. Así su poesía no será solamente piróscafo, sino también roca parda, desnuda, abrasada, encendida. Lanzarote será ante los ojos observadores de Francisco Jordán prisma de crepúsculos, galopar de colores con escarchas de sol estival. Su fantasía mediterránea hallará en los mares de su isla ilusorias sirenas que le abrirán el secreto de los crepúsculos de Lancelot, la caja de sorpresas de sus colores, la rosa de los vientos de sus tonalidades. Y sobre la roca parda y abrasada la luz se quebrará en fantasmagoría de piedras preciosas, lírico tesoro para un joyel de crepúsculos, joyel que Jordán pondrá junto a su irreal bitácora de poeta marino.

⁸⁶ Véase ídem, p. 93.

⁸⁷ ídem. p. III.

ACERCAMIENTO AL POETA FRANCISCO JORDÁN

por Ángel Fernández Benítez

Cuando Sebastián Padrón Acosta en su libro «Poetas Canarios de los siglos XIX y XX», contextualiza la obra poética del lanzaroteño Francisco Ignacio Jordán Franqui, la asocia a la tradición de poetas canarios «marinos» como Ignacio Negrín (1830-1885), Diego Estévez (1842-1866), Tomás Morales (1884-1921) y Saulo Torón (1885-1974). Nos parece, sin embargo, que esta nómina hace aguas en muchos aspectos. En primer lugar, de los cuatro citados, sólo Negrín y Estévez ejercieron, como Jordán, la profesión de marino, no así Tomás Morales ni Saulo Torón. Creemos, por tanto, que la lista de Padrón Acosta se origina más que en el hecho de ejercer tal profesión, en la carga temática de sus respectivas obras. No obstante, incluir en el mismo catálogo a Negrín y a Torón, porque en una significativa parte de su producción poética recurran al tema del mar, entraña el peligro de meter en el mismo saco fórmulas poéticas bien distantes. Pensemos en clasificar en un mismo apartado a Bécquer y Garcilaso porque ambos trataron el tema del amor. En el ámbito insular, tal objeto temático tiene una presencia omnimoda que se vierte en la obra de muchos poetas hasta tal punto que algunos críticos han querido ver en tal tema una constante de la poesía canaria. Me atrevería a decir que de seguir a Padrón Acosta tendríamos que aumentar su lista de poetas marinos con nombres como García Cabrera, Ángel Sánchez o Sánchez Robayna, por el simple hecho de dar cabida en su producción a este recurrente tema, lo cual entrañaría una distorsión en la historia de la literatura canaria.

Parece, pues, aconsejable a la hora de iniciar una aproximación a la labor poética de Francisco Jordán, atender a rasgos de estilo y carpintería poética tanto o más que a los puramente temáticos. Estos últimos, condicionados en buena medida, lo mismo que ocurriera con Negrín y Estévez, por la actividad profesional de estos hombres; aquellos, los rasgos estrictamente poéticos, influenciados por el momento histórico, por los movimientos estéticos y por las lecturas que proporcionaron la instrumentación adecuada para canalizar la expresión de su mundo. Estos rasgos históricos y poéticos aproximan a nuestro poeta más a Tomás Morales y Saulo Torón que a los genuinamente marinos; no sólo por su coetaneidad — compárense las fechas de nacimiento en años consecutivos — sino por lo que respecta a la estética desde la que los tres generaron su obra.

Si tenemos en cuenta que desde 1908 la obra de Tomás Morales circulaba en un libro titulado «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar», según afirma Sánchez Robayna en su prólogo a «Las Rosas de Hércules», podemos sospechar que ese amplio movimiento estético que conocemos como Modernismo se hallaba instalado

para ese entonces en los círculos literarios del Archipiélago. Por otro lado, la primera edición española de «Azul», cuarta en el orden general, se producía en esa misma fecha. Hay que suponer, por tanto, que todo el magma neorromántico europeo y americano encontraba su eco canario no sólo en el poeta de Moya sino en otros poetas insulares que, influidos por escritores propiamente románticos en su primera andadura poética, encontraron en el Simbolismo, en el Parnasianismo, en el Decadentismo y todos aquellos «ismos» que plagaron Europa avanzada la segunda mitad del siglo XIX, las fórmulas idóneas para expresar con voz propia un espíritu nuevo que también en las islas se dejaba sentir, me refiero al que provoca la transición a las nuevas estéticas del siglo XX.

Las causas históricas habrá que buscarlas, de forma general, de un lado en el eje comercial Canarias-Europa, vía Londres; de otro, en el carácter de plataforma hacia América que las islas mantenían tradicionalmente. Así pues, no parece descabellado suponer que, al igual que ocurre en otras manifestaciones plásticas del Art Nouveau, el modernismo literario se había afianzado no sólo en la obra de Tomás Morales, sino, como decíamos, en el panorama general de las Islas, tanto en su versión europea como en la americana.

En el caso particular de Francisco Jordán, hay que añadir, como factor condicionante que facilita esa doble conexión, su profesión de marino y la ruta transatlántica que ejecutó en repetidas ocasiones. Recordemos que algunos de sus títulos, «Olas que pasan» (1929) y «Campana de a bordo» (1934), vieron la luz en La Habana. A ello podemos sumar la presencia del mundo americano en poemas como «Trofeo» de su libro *Tinerfe* (1913):



*Yo he cruzado las regiones de la pampa americana
y aprendí a cantar guajiras, bajo un cielo tropical,
y de noche, a los destellos del cocuyo en la sabana
yo he cruzado las regiones de la pampa americana
maldiciendo los encantos de la América Central.*

El sentido épico-mítico del paisaje que aparece en su segunda obra de 1913, *Tinerefe* recuerda *En el Teocalli de Cholula* del romántico cubano José María Heredia y, desde luego, la rotunda sonoridad pétreo de los versos del lanzaroteño se asocian sin dificultad a las esculturas rítmicas del argentino Leopoldo Lugones. No parece desmedido afirmar que el de Haría recibió el influjo de un mundo americano romántico y modernista que se manifestaría a lo largo de su obra.

Junto a estos aspectos señalados, parece innegable la afluencia a la obra poética de Jordán, de motivos de origen neorromántico francés, debidos a la influencia parnasiana filtrada por Rubén Darío. Así, por ejemplo, encontramos en sus poemas alusiones al mundo clásico: ninfas, sirenas, titanes; y todo un ornato recogido en otras áreas artísticas, destacando, junto al léxico de las artes plásticas, como ánforas, almenadas catedrales, etc., el relativo a la música: guajiras, guzlas, guitarras, que se reparten a lo largo de su producción, pero con mayor intensidad en sus primeros libros. Tampoco desconoce Jordán el gusto por lo exótico, presentándonos en sus versos toda suerte de sultanas, odaliscas, incensarios, etc.; si bien es verdad que nunca Jordán tomó como temas específicos de un poema tales elementos, como puede ocurrir en Verlaine o Darío. No obstante, sí aparecen algunos temas mórbidos en muy contadas ocasiones que nos evocan a Baudelaire y a toda la «troupe» de decadentes y simbolistas, tan amigos de presentarnos el erotismo en sus facetas más oscuras. Algo de esto hay en algunos poemas de *Espigas y Amapolas* dirigidos inequívocamente a prostitutas, baste recordar títulos como «*Mundana*» y «*Mimi... Aurora del amor*».

No quisiera pasar por alto el gusto por la evocación de matices sensoriales que, si en Jordán no alcanza la magia de Verlaine o Rubén Darío ni las sugestivas instantáneas paisajísticas de Tomás Morales (recordemos los sonetos dedicados al Puerto de Gran Canaria), sí aparecen delicadamente esbozados en poemas como «*Ángelus*» o «*Mística*» ambos de su primer libro, así como en una tendencia a la adjetivación descriptiva que hace hincapié en los aspectos más estimulantes de la figura femenina o en los paisajes asociados a un perpetuo atardecer. Ni siquiera se aleja Jordán del gusto de Verlaine o Darío por la aliteración y las asonancias internas, tendiendo siempre a expresar la tensión violenta de los elementos naturales, más que a evocar músicas o sensaciones delicadas como ocurriera en el francés y en el nicaragüense. Sirva de ejemplo la multiplicación de fonemas vibrantes y dentales en los versos iniciales del soneto «¡Arriba y clara!»:



J. GISPERT: *Francisco Jordán Franchy*

*¡Leva! Gritó una voz con su estridente
fragor de tempestad y el cabrestante
sangrando humo arrastra hacia delante
la altiva mole de un coloso ingente.*

No debemos, de momento, ir más allá en la enumeración de elementos que se asocian al neorromanticismo de los albores del siglo XX, para, retomando el tema con que se inició esta aproximación al poeta Jordán Franchy, deducir que la catalogación hecha del mismo por Padrón Acosta se queda demasiado corta al proponerlo únicamente como «poeta marino». Parece necesario añadir que, si bien es cierto que Jordán nunca prescindió de fórmulas y tópicos genuinamente románticos —más adelante volveremos sobre este asunto— debemos ubicarlo muy próximo a los patrones modernistas propuestos por Rubén Darío y por la fórmula canaria que del

mismo movimiento crea el poeta de «Las Rosas de Hércules». Así pues, debemos descartar el planteamiento de Padrón que desvincula al poeta Jordán de toda corriente o preceptiva literaria y parece absurdo suponer, como hace el citado crítico, que su coincidencia en algunos aspectos con Campoamor, Bécquer y Rubén Darío se explica como una consecuencia de afinidad temperamental y no como el producto de un contagio literario natural, fruto de una época.

Son pocos los datos que manejamos a la hora de reconstruir la peripecia vital de Francisco Ignacio Jordán Franqui*, datos que, por otra parte, suministran más incertidumbre que otra cosa. Así, por ejemplo, el mismo apellido del poeta que aparece en el registro civil y en su partida de bautismo como Jordán Franqui y no, Jordán Franchy como se lee en la obra de Sebastián Acosta, ya citada, y en el *Diccionario de la literatura en Canarias* de Jorge Rodríguez Padrón. Lo mismo ocurre con el año de nacimiento propuesto por ambos críticos, 1888. Según consta en los documentos mencionados, Francisco Jordán nació en 1886, esta misma fecha proponen Nazario de León y José Perdomo en su antología de autores lanzaroteños *Acercamiento poético*. En fin, podemos afirmar que Francisco Ignacio Jordán Franqui nació en el pueblo de Haría a las ocho de la mañana del día 13 de julio de 1886. Su vocación marina poco tiene que ver con la tradición de la familia, pues tanto por vía paterna como materna, sus ascendientes habían sido y eran terratenientes. Si noveláramos su historia, podríamos decir que su anhelo de atravesar el océano lo heredó de su abuela doña Josefa Cabrera Rodríguez que, por algún motivo que desconocemos, tenía fijada su residencia en Uruguay en 1884, donde murió antes del nacimiento de Francisco Ignacio, tercer hijo de los cuatro que hubo del matrimonio formado por Andrés Jordán y Ana Luisa Franqui Socas; lo cierto es que desconocemos la causa de su vocación marina y sólo podemos decir, siguiendo a Padrón Acosta, que «desde niño le atraía el misterio del mar, que decora con festones de espuma los roquedales de la isla».

Comenzó Jordán a ejercer su profesión en los bergantines de Bosch y en los correos interinsulares canarios. Será el pailebot «Bella Lucía» el primer buque a su cargo, como capitán. Por los años veinte hacía la travesía del Atlántico. Experto en temas de navegación,

publicó unas «Tablas para corregir elementos de almanaque náutico y simplificar su uso». Demostró su pericia de capitán en varias ocasiones, de las que parece significativa aquella en que hubo de evitar el ciclón del 25 al 26 de septiembre de 1929, logrando llegar a La Habana sin novedad. La entrega a su profesión le fue reconocida con la Cruz de Mérito Naval de Primera Clase.

Pronto fijó el poeta su residencia en Tenerife, isla que suministró a sus versos «de tierra», no sólo el fondo paisajístico sino el elemento mítico guanche que aparece en algunos poemas. Como mantiene Padrón Acosta, es curioso que Jordán en rara ocasión y sólo de pasada aludiera al paisaje de su isla natal, que apenas se esboza en el poema «El Camello».

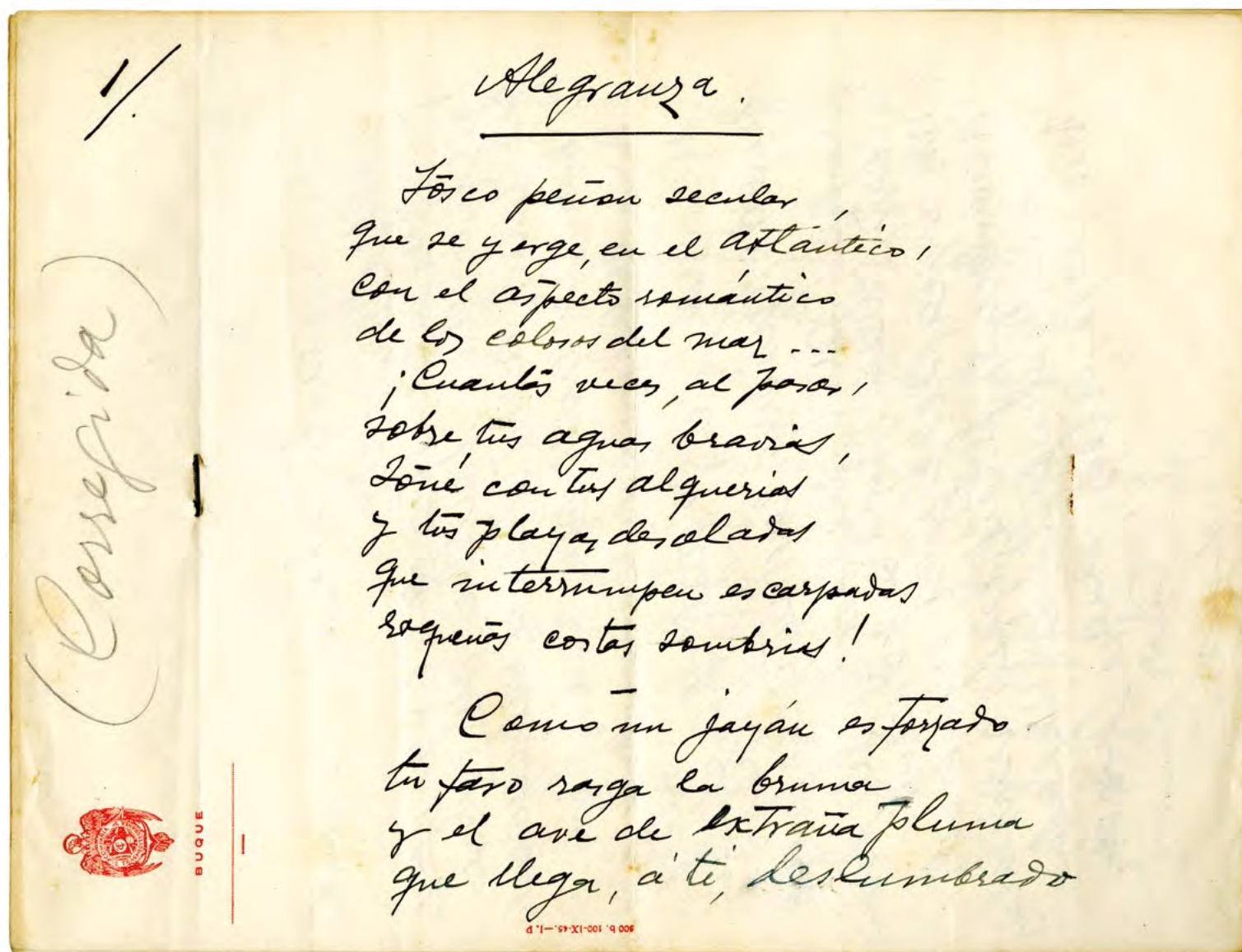
Contrajo matrimonio el día 15 de octubre de 1914 en la parroquia de San Francisco de Santa Cruz de Tenerife, con María Padrón y Padrón, más que probable destinataria de buena parte de los poemas amatorios. Por ella sintió el poeta siempre especial devoción, lo que dio lugar a la falsa leyenda de la muerte súbita de uno de los cónyuges estando el otro de cuerpo presente. Del matrimonio nació un único hijo.

Murió Francisco Jordán en 1963, después de veinticinco años sin publicar libro alguno, dejando, sin embargo, dos títulos inéditos, *La isla azul* y *Playa sonora*. No creemos que en este silencio confluyeran factores políticos, pues *Versos de retaguardia*, su última publicación, aparece precedida de una carta de José María Pemán, escritor afín al régimen franquista, y es, según Padrón Acosta, *su contribución de español a la cruzada azul*.

En Jordán se da la simbiosis perfecta entre su condición de poeta y el arraigo que en su espíritu tenía su profesión. Este hecho hará que la mayor parte de su producción proponga como tema básico el mar. Dicho tema aparece en todos y cada uno de los libros que constituyen su obra: *Espigas y Amapolas* (1913), *Tenerife* (1913), *Adelfas y cardos* (1914), *Olas que pasan* (1929), *Campana de a bordo* (1934) y *Versos de Retaguardia* (1938). Dice Padrón Acosta:

El mar va cada vez más introduciéndose en su poesía, haciéndose sustancia de sus versos, como lo es de su vivir. Después de Saulo Torón, es Jordán el poeta en cuyos versos más íntimo es el océano.

* Como aclaración a las dudas planteadas en su estudio por Ángel Fernández Benítez sobre la grafía correcta del segundo apellido del poeta, son precisas unas líneas, toda vez que el citado profesor, como foráneo, desconocía las particularidades que tanto en éste, como en otros muchos casos han alterado o modificado la manera de escribir y pronunciar multitud de apellidos extranjeros que arraigaron en el archipiélago. El apelativo genovés usado por los diversos miembros del albergue de Franchi, uno de los inscritos en el Libro de Oro de la República, que se asentaron en las Islas en el transcurso de los siglos xv y xvi, fue escrito Franqui o Franquis inicialmente, tal y cómo se pronunciaba en su lengua original. Algunos integrantes de la rama establecida en La Orotava, descendientes de Antonio Lutzardo de Franquis, comenzaron a usar la forma primigenia Franchi a la hora de firmar sus documentos, principalmente durante el siglo xviii, a pesar de que siguiera pronunciándose Franquis, cosa que atestigua el hecho de que la ermita de Nuestra Señora del Carmen, que fundaron en dicha localidad, luego villa, se siga llamando ermita de Franquis. Hubo otros miembros de este albergue avecindados en las islas de Fuerteventura, Lanzarote y Gran Canaria, y todos ellos escribieron su apellido Franquis o Franchy, variante esta última que fue utilizada a partir del siglo xviii y tendió a normalizarse durante la centuria siguiente con la creación del Registro Civil el 1 de enero de 1871. Sin embargo, los amanuenses de los registros civiles y parroquiales siguieron inscribiendo los apellidos tal y como les sonaban fonéticamente hasta tiempo reciente, dando como resultado Guelmes por van Guemert o Wangüemert, Betancor por Bethencourt, Martín por Martín, Lezur por Le Sourd, Vandama por van Dame, Vandala por van Dalle, etc.



FRANCISO JORDÁN FRANCHY: *Alegranza*. MANUSCRITO. ARCHIVO PARTICULAR. TENERIFE. 1910

Precisamente el tema evoluciona a la par que su poesía y con él adquieren sus versos los resultados más interesantes. Si en sus primeros libros *Espigas y Amapolas* y *Tinerfe* los poemas de ambiente marino son los menos abundantes, a medida que avanzamos en el tiempo, el mar se torna omnipresente. Si bien es cierto que en los poemas marinos de Jordán predomina la enunciación lírica que coloca al sujeto y al objeto poéticos distantes (en pocas ocasiones recurre al apostrofe), el mar se va tornando poco a poco experiencia vital y elemento de reflexión.

La presencia de elementos humanos relacionados con el mar es la tónica dominante en «Brisas del mar», segunda parte de su libro *Espigas y Amapolas*, como si hombre y mar constituyeran los dos polos de tensión violenta en una realidad vital que admite la lucha del hombre contra los elementos. Así pues, el faro, el puerto, los mástiles, los buques hacen del mar el «teatro», como lo llama el mismo Jordán, en que crece el progreso humano. El mar es la senda por la que transita el destino del hombre, abriéndose paso con el tajamar de la nave.

A medida que el poeta evoluciona y el marino se reafirma en su dominio de los elementos, el mar se convierte en «ser en sí mismo» y cobra un protagonismo que no posee en «Brisas del mar», donde el verdadero sujeto es el hombre, como ocurre en Tomás Morales o incluso en las pinturas de Néstor de la Torre del ciclo *Poemas del mar*. El mar-paisaje se convierte en mar-pensamiento y es ahora, a partir de Olas que pasan, desprendiéndose de fórmulas retóricas, cuando aparece el poeta más seguro de sí. Es cierto que no abandona su inicial romanticismo, pero profundiza en él, de tal modo que el mar se vislumbra como símbolo del destino humano, otorgando a este ciclo poético una carga de modernidad acorde con los nuevos rumbos de la literatura de aquella época. Dice Jordán en *Olas que pasan*.

*Bajo y amaratado era el Poniente;
las aguas discurrían rumorosas
batiendo los sillares...
Misteriosas
ideas abrumaron nuestra mente.
En las aguas fugaces iban rosas,
nenúfares truncados...
La corriente
parecía decirnos vagamente:
—La vida y el amor son estas cosas.*

Junto a los temas marinos, destacan en Jordán otros dos temas que se hacen constantes en su obra: de un lado, el amor; de otro, el mundo de las islas. En el primero, el poeta de Haría se queda en un galanteo de carácter madrigalesco de escaso o nulo interés en la línea de un Bécquer o Campoamor, que en ningún caso adquiere la intensidad expresiva o la rotundidad sonora de sus poemas marinos. Respecto al mundo de las islas, nos presenta Jordán una visión entre legendaria e idílica de la que no están ausentes algunos elementos tradicionales como el baile del candil. Es su libro *Tinerfe* el que en mayor medida concentra toda esta temática, aunque no se deja sentir su ausencia en otros títulos.

Quizá el libro que más se desvía de sus tres preferencias temáticas sea *Versos de Retaguardia* en que Jordán prefiere los tonos épicos comunes a la poesía nacionalista del Franquismo.

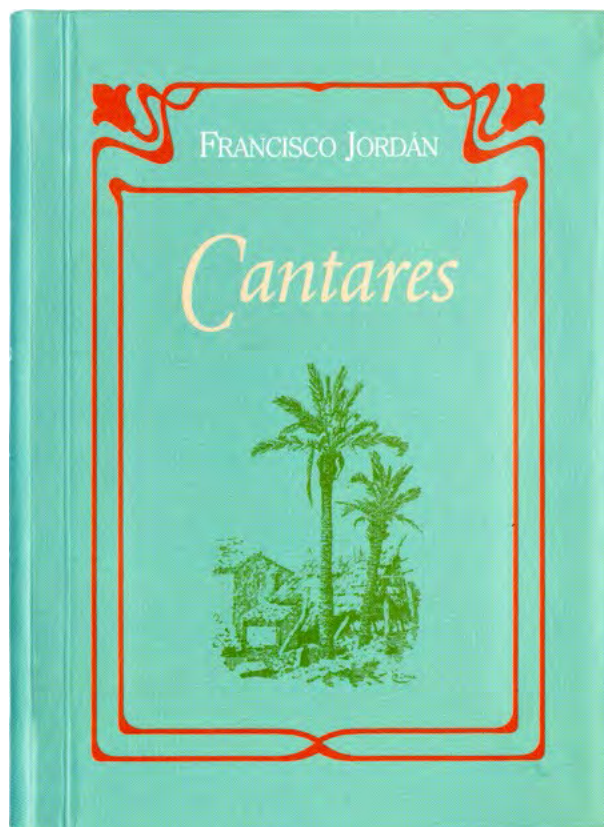
La propuesta poética de Francisco Jordán Franqui arranca no de un posicionamiento estético definido, sino del intercambio entre los rumbos retóricos aprendidos y su peripecia vital. Él mismo confiesa de su libros *son montones de versos escritos al azar producidos con la profusión de las naturalezas salvajes que producen por la necesidad de producir. Momentos vividos que quedaron presos en las páginas de algún álbum...* Quizás por la misma razón su producción poética es desigual y, si en ocasiones encontramos textos de excelente factura, en otras la premura o la ausencia de criterio estético dejan lagunas que ponen de manifiesto su diletantismo ocasional. Desde luego no es el tipo de poeta

consagrado a la perfección formal de su obra ni al revisionismo de la misma. Coetáneo de poetas que en los comienzos del siglo XX intelectualizan el acto de la creación poética, Jordán aparece, sin embargo, como un neorromántico, pero anclado en una fórmula que se quedó pronto obsoleta, el modernismo tal y como lo entendemos usualmente, no como lo entendió Manuel Machado: un momento de cambio que da cabida a productos muy diversos que marcaban el ocaso del siglo XIX y daban paso a los proyectos estéticos del siglo XX.

Es evidente la huella que en toda su producción, pero especialmente en los libros de 1913 y 14, dejaron los prerrománticos y los románticos. Influencia de las anacreónticas de Meléndez Valdés aparecen en algunos poemas como «Estival» o «Abeja» de *Espigas y Amapolas*, en los que el octosílabo administra con ligereza la sensualidad en torno a la figura femenina, vista por Jordán como por el salmantino, en un paisaje idílico plagado de transposiciones relativas al cuerpo de la mujer. Presente está también la huella de Campoamor en esos atisbos de tónica cursilería pseudorromántica a la que Francisco Jordán cede especialmente, cuando se desvía de su rumbo temático predilecto, el mar, y se entretiene en devaneos eróticos.

Por último, habría que mencionar la impronta de Espronceda, tanto en el tono épico que adquieren algunos de los más perfectos poemas de Jordán, como en la violencia oxitona de sus rimas y una peligrosa tendencia al ripio que a veces lleva al de Haría por un curioso campo de derivaciones alejadas de las convenciones gramaticales como en el caso del poema «Mundana», en que, sin pudor lingüístico, hace rimar ideal y purpural, palabra repetida en «Venus Afrodita»; o el caso de «Necrópolis» en que no duda en incluir el desusado adjetivo «turquí» al final del verso para rimarlo, pretendidamente en consonante en la tónica del poema, con «marfil». No es extraño encontrar en Jordán estos ripios de raigambre romántica que parodiara Muñoz Seca, y que llevan a Jordán a preferir la rara voz «adormila» en vez de «adormece» o a trocar el acento de océano para hacerlo rimar con arcano. Sin embargo ese gusto por la rima densa da estupendos resultados en los mejores poemas de Espigas y Amapolas, ésos que él subtítulo como Brisas del mar; precisamente en los que Jordán se manifiesta por primera vez como poeta marino y hace del mar, sus elementos y sus gentes, lo que será su principal objeto temático.

Pero si hemos de tener en cuenta la deuda romántica de Jordán, no es menos desdeñable la influencia de Rubén Darío en lo que respecta a las fórmulas métricas preferidas por Francisco Jordán. Bien es cierto que, a veces, aparecen quintillas de corte romántico y rimas de estilo becqueriano, pero su predilección por la adaptación del soneto a ritmos acordes con el tono de la composición, nos permite hablar de modernismo en toda su dimensión. Así, por ejemplo, el octosílabo y el heptasílabo constituyen la base rítmica de sonetos de marcado carácter madrigalesco, mientras que el alejandrino, con-



Cantares. LA LAGUNA DE TENERIFE. 2006

cebido en pies rítmicos clásicos, domina en sonetos de sabor épico y, en general, en composiciones himnicas. Su afición a la estrofa clásica, lo lleva a investigar los efectos de versos decasílabos como en el caso del soneto dedicado a Gran Canaria de «Brisas del mar», resultando un trabajo de rara e interesante musicalidad.

A medida que evoluciona en su concepción del mar, va cambiando su organización métrica del poema en una tendencia que se decanta a liberalizar el orden estrófico, recortando o alargando el verso de tal modo que se acerca al verso libre.

Podemos finalizar este artículo, volviendo al punto en que comenzamos. Es verdad que Jordán se encuentra entre los poetas canarios más interesantes que acogen en sus versos el tema del mar, sin embargo no creemos que simplificar su catalogación, como poeta marino, sea ni aceptable ni recomendable. No sólo por su distanciamiento respecto a los poetas románticos de tema marino, sino porque tampoco coincide en su formulación del tema con Torón o Morales. Ni alcanza la intimidad de Torón ni la sensualidad o la carga épica de Morales; sin embargo, la fuerza de sus versos expresa fielmente el momento en que el hombre se enfrenta al mar, desde una perspectiva casi futurista de progreso.

VII

UN POETA OLVIDADO

por Dan Munteanu Colán.

Gracias a la meritoria iniciativa y a los desvelos del poeta, hombre de cultura y prestigioso editor Carlos Gaviño de Franchy, vio la luz recientemente un singular libro, que inicia la colección Biblioteca Julio Castro de Autores Canarios, en memoria del fallecido impresor de Santa Cruz de Tenerife. En la portada se lee: Francisco Jordán, *Tinerfe* (Poesías), Santa Cruz de Tenerife, Imp: de Félix S. Molowny, San Francisco 32, 1913. En la anteportada aparece un excelente retrato del poeta firmado por Carmen Cóllogan. Se trata de una edición facsimilar de uno de los tres pequeños tomos publicados aquel mismo año, 1913, por Francisco Jordán en la imprenta de Félix S. Molowny [*Tinerfe, Espigas y Amapolas, Adelfas y cardos*]. Reúne la *plaquette* que presentamos nueve poemas y una dedicatoria en verso, de los cuales algunos ya se habían publicado en la prensa local [*El Tiempo, Santa Cruz, Trofeo, La Laguna, Baile de candil*]. Según las investigaciones de Carlos Gaviño de Franchy (Vid. la breve presentación que encabeza el libro), es de suponer que todos fueron escritos después de 1908, a la llegada de Francisco Jordán a Tenerife.

Indudablemente, muchos se preguntarán ¿quién es Francisco Jordán? Nació Francisco Ignacio Jordán en Haría de Lanzarote, en 1886. En 1898, su padre, en su calidad de miembro del Cuerpo de Torreros de Faros, fue destinado a la isla de Alegranza, donde el futuro poeta vivió entre los 12 y los 15 años en la soledad del «mar océano» como a bordo de un gigantesco barco. En 1908, ingresó en la Escuela Superior de Náutica de Santa Cruz de Tenerife, donde obtuvo el título de piloto en 1912 y de capitán de marina mercante en 1918. Durante toda su vida de permanente viajero por los mares del mundo, fueron las Islas con sus paisajes, el mar y las nostalgias del marinero —amores, amigos, familia, lugares— las realidades que le obsesionaron y se convirtieron en *leitmotiv* de sus poemas.

La relativamente escasa producción literaria de Jordán (seis libros, de ellos dos en La Habana), las ediciones de reducida tirada y, no en último lugar, una obra en total disonancia, a nuestro juicio, con las nuevas orientaciones de la literatura europea y canaria de su tiempo (en plena ebullición y florecimiento del simbolismo, modernismo y los ulteriores «-ismos», emblemáticos movimientos de vanguardia) fueron los principales factores que contribuyeron al olvido de Jordán, así como de otros autores canarios —Antonio Zerolo, Diego Crosa, Manuel Verdugo, que, curiosamente, gozaron de gran popularidad en su tiempo—, todos agrupados por la crítica literaria bajo el denominador común de «Escuela regionalista».

La poesía de Francisco Jordán pertenece a lo que podríamos llamar romanticismo tardío. Y, sin pretender entrar en un análisis acadé-



CASA NATAL DEL POETA

mico del romanticismo en las letras españolas, no podemos dejar de recordar unos cuantos aspectos fundamentales. A pesar de que románticos son algunos de los nombres más populares de la literatura española (Espronceda, Larra, Zorrilla, Duque de Rivas, Bécquer, Campoamor, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Estébanez Calderón, Mesonero Romanos, por citar sólo a los más destacados), parece que el romanticismo español «goza entre nosotros de muy escasa estima» (J. L. Alborg). Se le considera, por lo general, un producto importado, de imitación foránea, falto de autenticidad y sinceridad, retórico y convencional, a pesar de la tradición épica medieval, el romancero, las crónicas y las tragedias de la literatura española, es decir de una evidente predisposición hacia los ideales románticos (A. Valbuena Prat). Por otro lado, el romanticismo español surge tarde, cuando en otros países europeos había llegado ya casi a su ocaso. No olvidemos que la famosa «batalla de Hernani», auténtica partida de nacimiento del romanticismo, se había «librado» en París en 1830. No es éste el momento de juzgar tales opiniones,

pero está claro, a nuestro parecer, que, si bien en ciertas ocasiones pueden ser correctas, requieren matizaciones y puntualizaciones. Y, por tanto no se pueden generalizar. Consideramos necesario el breve inciso anterior para intentar justificar hasta cierto punto la actitud de la crítica literaria y de los propios miembros del gremio hacia un poeta como Jordán, representante tardío de una corriente literaria tardía en un ambiente de efervescencia modernista —futurismo, surrealismo, dadaísmo, ultraísmo, etc.— tan magistralmente descrito por Alejo Carpentier en su *Consagración de la primavera*, ambiente entre cuyas reivindicaciones figuraba en destacado lugar la negación de todos los valores del pasado.

La poesía de Jordán es una poesía sencilla, sincera, llena de frescura y de colorido, una poesía romántica costumbrista. Podríamos decir que es la textualización de sentimientos y meditaciones espontáneos, sin versos y frases rebuscados, sin excesivo cuidado por las formas y los cánones, aunque se nota una clara predilección del poeta por el soneto:

«Nivaria»

*Dormita, de encantos llena,
sobre la mar fulgurante,
y es una odalisca amante,
que a eterno amor se condena!...*

*¡Su dulce voz de sirena
esclaviza al navegante
y vibra el Sol lujuriente
sobre la tostada arena!...*

*Ninfa, que en la tarde gualda,
sobre alfombras de esmeralda,
tiñe su faz de arbol...*

*Su abanico abre la tarde...
y entre tanto en oros arde,
se abanica con el Sol!*

Los poemas de Jordán podrían compararse con los cuadros de los pintores naif:

*La pradera respira la poesía,
que en los atardeceres se presenta,
cuando tras de una lluvia triste y lenta,
se ve en Ocaso desangrar el día...*

*Llega el mozo a la rústica alquería,
cuya tardanza un corazón lamenta,
y la belleza del paisaje aumenta
el gris de la borrosa lejanía*

[...] «Acuarela».

Más allá de su indudable ingenuidad y cierto descuido por las formas, la obra de Jordán representa un momento en la historia de la lírica canaria de las primeras décadas del siglo pasado y merece ser rescatada del olvido, como han hecho Carlos Gaviño de Franchy y la Imprenta Nueva Gráfica con esa saludable iniciativa.



HOJA DE SERVICIOS DEL CAPITÁN DE LA MARINA MERCANTE
FRANCISCO JORDÁN FRANCHY. ARCHIVO PARTICULAR. TENERIFE